



COMIENZA A LEER...

**MATHIAS
ENARD**

Me gustaría que mi vida no dejase al pasar más murmullo que el del canto de un centinela, un canto para engañar la espera. Al margen de lo que pueda o no suceder, lo magnífico es la espera.

ANDRÉ BRETÓN, *El amor loco, III*

Lo más importante es el aliento.

La respiración tranquila y lenta, la paciencia del aliento; primero hay que escuchar el propio cuerpo, escuchar los latidos de tu corazón, la calma de tu brazo, de tu mano. El fusil tiene que convertirse en una parte de ti, en una prolongación de ti.

Antes incluso que el blanco, lo importante es uno mismo. Hay que organizar el espacio, tanto si te encuentras en un tejado como detrás de una ventana, en cualquier lugar, tienes que controlarlo, hacerlo tuyo. Nada más molesto que el paso de un gato a tu espalda o el vuelo de un pájaro. Hay que ser uno mismo y nada más, con el ojo en el visor, el brazo metálico tendido hacia el blanco, para alcanzarlo. Desde mi tejado recorro las aceras, exploro las ventanas, observo vivir a la gente. Puedo alcanzarlos con una presión en el gatillo. No es sencillo, muy al contrario, es un oficio difícil que exige precisión y concentración. La gente piensa solo en el disparo y en el resultado del tiro. Ignoran que he escuchado los latidos de su corazón a través del mío, que he contenido cualquier emoción, que he dejado de respirar, justo antes de apretar el gatillo, como suele decirse, pero yo no aprieto nada, sino que libero un percutor metálico que va a golpear un punto que inflama una pólvora que propulsa un proyectil hasta mil doscientos metros y que os mata. O no. A veces, por mucho que hagas el disparo más hermoso del mundo hay imponderables, obstáculos que se levantan entre tú y el blanco que debes alcanzar; una ráfaga de viento puede hacer temblar imperceptiblemente el arma del tirador, un ruido en la calle te distrae, una explosión o el rumor de un coche te sorprende. Pero el propio tiro nunca se pone en duda. Solo disparo a tiro hecho. Disparo poco. Algunos días hago caer un pájaro en la calle tras haberlo observado dando vueltas por el cielo durante una hora, el tiempo de prepararme, prever sus desplazamientos, comprender los movimientos de la masa de aire bajo sus alas, evaluar su

distancia, su vuelo. Por lo general apunto al ala y lo veo caer girando, o intento rozar al pájaro sin tocarlo, peinarlo con un disparo. Y cae igualmente. Cuando están bastante arriba algunos se recuperan antes de llegar al suelo, pero la mayoría están aturridos y se estrellan. Es un buen entrenamiento. Nadie dispara tan bien como yo, porque disparo poco. Nunca más de diez cartuchos al día. Y no es que me haya marcado un límite. Sencillamente, solo disparo a tiro hecho. Todo el trabajo se hace antes.

No sé por qué, pero recuerdo todos mis tiros. No los confundo, son todos distintos. Solo elijo los difíciles. Al comienzo, cuando era un principiante, jugaba como todo el mundo; pero lo hacía para ocultar mi mediocridad. Solo elijo los tiros difíciles porque el placer es mayor. Los que no me comprenden y disparan contra todo lo que se mueve son idiotas.

* * *

Tengo la impresión de que disparo desde siempre, sin embargo apenas hace tres años y, cuando pienso en mis comienzos, me avergüenzo. Todo se aprende. Mi primer disparo fue un hombre al volante de un taxi, a comienzos de la guerra. Creí haberle dado, pues el coche se fue directo contra una pared. Esperé por si el conductor se bajaba, yo estaba temblando, movía el fusil en todas direcciones para ver si se acercaba alguien a ayudarlo, lancé dos balas al azar contra la puerta delantera izquierda, evidentemente no iba a bajar y nadie se acercaba. Yo tenía lágrimas en los ojos, no sabía qué hacer, ni siquiera veía al hombre sangrando por culpa de la cubierta del coche que me tapaba la vista, comencé a sentir pánico, en mi edificio a quinientos metros. Es el efecto de la mirilla. Tenía la impresión de estar allí y ya no era yo mismo. No sabía ya si era el que disparaba o el que recibía los tiros. Tenía miedo, estaba pegado a mi fusil como para arrancarme un ojo. Para más dificultad, había una casa bastante alta a la derecha del coche, me ocultaba la puerta del acompañante. Alguien más se acercó de pronto, corriendo hacia mi ángulo muerto, disparé por reflejo contra el movimiento y, evidentemente, fallé y alcancé el coche, porque no había comprendido aún que con el visor se evalúan mal las distancias que separan los objetos. Me vi obligado a cargar y perdí de vista la escena;

como no había prestado demasiada atención al lugar donde apuntaba, tardé más de un minuto en descubrir el coche entre los edificios, por culpa del pánico. Sudaba, hacía calor, era verano, el comienzo de la guerra, y el sudor que me corría por la frente me impedía ver por la mirilla. Cuando recuperé el lugar esperé un cuarto de hora pero nadie salió por el lado opuesto del coche. Me sentía frustrado, ignoraba si el hombre estaba muerto, si lo había matado yo o el accidente. Fue entonces cuando me dije que yo era un cobarde, porque había elegido el disparo más difícil, un hombre cubierto en sus tres cuartas partes dentro de un coche en movimiento. En el fondo, creo que quise darle una oportunidad, y eso es una cobardía. O se dispara o no se dispara. Hay que elegir, o se es un cobarde. Pero eso solo lo comprendí más tarde.

* * *

En silencio, observo la ciudad. Hay que llegar hasta el final. Pocos saben hacerlo. Se detienen en el camino, a veces sin querer, atrapados en el hueco de la mira por una última intuición. Todos ven la sangre y el dolor sin comprender que hay algo más, un misterio tembloroso como un umbral, una pasarela de cuerda que el viento balancea suavemente. Estoy allí, en ese instante. Vivo en el intervalo, entre la acción sobre el gatillo y la llegada del proyectil. Me desvanezco en el aire, entre yo mismo y otro, soberano. Esa desaparición es fecunda. Es un placer inmenso, hay que ser digno de él, saber hacerlo llegar.

Cuando la miraba, yo sabía que en el fondo ella tenía miedo. Solo veía el resultado del tiro, la muerte y todo lo que sigue. Pero todo el mundo muere, ¿qué puedo hacer yo? Ahora siento su pulso, con menos fuerza y precisión que detrás de la mirilla, solo tengo contra mí su cuerpo y ella huye, su rostro demasiado próximo casi desaparece. No puede imaginar la tensión, la fuerza, el deseo detrás del arma. No comprende. Tal vez ser incomprensidos sea el destino de los grandes artistas. No lo sé.

Al principio de la guerra yo tenía aquel fusil ruso que en realidad no me gustaba, pero era el único que me habían encontrado. Ni siquiera sabía ajustar el punto de mira, me costaba darle a un blanco inmóvil a cien metros, que ya es decir. Pero soy inteligente, de modo que aprendí. Ajusté

aquel jodido fusil tal vez doscientas veces antes de comprender. Y luego, uno o dos meses después, cuando los combates se generalizaron y vieron que era un tirador extraordinario, me dieron un arma de verdad. A cambio, el oficial que me la entregó me pidió que matara a alguien que, según decía, le tiraba los tejos a su mujer, una señora gorda a la que nadie sensato hubiera querido. Un buen disparo, con el viejo ruso porque el nuevo no estaba aún ajustado. Le di en pleno pecho, justo por debajo del hombro izquierdo, delante de su puerta.

Por aquel entonces, mis únicos amigos eran mi fusil, el mar y Zak, en ese orden de importancia. Pasaba horas mirando el mar desde mi tejado. Aunque no soy romántico, siempre me ha gustado mucho. Cambia de color, se mueve o permanece inmóvil. El primer verano de la guerra, por ejemplo, no se movió en absoluto, apenas se rizaba de vez en cuando. Era de un azul cegador todo el día y ni siquiera por la noche se lo oía. Una vez, Zak y yo fuimos a bañarnos en las rocas, bajo el faro, por la noche, el agua estaba casi tan caliente como el aire. Era como estar en un cuarto de baño. Bombardeaban la montaña y nosotros estábamos en el agua, hacíamos la plancha gozando del espectáculo. No nos quedamos mucho tiempo porque teníamos miedo de que nos pegaran un tiro, por error, como idiotas desnudos en el agua. Pero era agradable, casi podíamos imaginar que hacía fresco al salir. Luego regresamos al frente y volví a subir al tejado. Permanecí, por así decirlo, todo el verano fuera, mi madre solo me vio una o dos veces. Estaba ya medio loca, no se daba cuenta de nada. Solo me preguntaba si aún quedaba gente por matar. La vecina que se ocupaba de ella tenía miedo de mí y eso me gustaba. Me trataba de asesino. Para que callase, bastaba con que yo la mirara a los ojos dando con mi anillo un par de golpes al metal de mi fusil. Tac, tac. Te callas. No sabes nada. Me necesitas para defenderte. Eso decía mi fusil. Me detestas pero estás obligada a soportarme. Es la guerra, ¿tengo que repetírtelo? ¿Preferirías que fuese otro, un desconocido, el que estuviese allí arriba, en el tejado, contemplándote por su mirilla? Piensa en mí como en un ángel custodio. Ella tenía cada vez más miedo. Decía que había oído que se disparaba incluso contra los niños en los patios de las escuelas. «Yo no», mentí. No sé

por qué mentí, de hecho. Pero era el comienzo y nadie había comprendido aunque todo había cambiado definitivamente.

Con Zak, no obstante, teníamos ya, difusamente, esa intuición. Sobre todo él. Había entrado en la guerra de pronto, sin vacilar, como quien se zambulle en el agua. Había que verlo en las barreras, orgulloso como un gallo. Detenía los vehículos con aire de superioridad, con un gesto del fusil; llevaba siempre en el bolsillo una antena de radio de automóvil, y la desplegaba como una fusta para azotar a los desobedientes. Su chulería me molestaba un poco, sobre todo con las mujeres —en cuanto detenía a una se volvía ridículo, como un pavo real o un pelagatos—. Para mí, las barreras eran una verdadera lata que me alejaba del tiro y de la guerra. Eran necesarias, claro, debíamos demostrar que nosotros éramos el orden, los combatientes, y que nos encargábamos de la seguridad. Pero constituían una enorme, agotadora pérdida de tiempo, en medio de la circulación, a pleno sol, nos sulfurábamos y acabábamos perdiendo los nervios contra un pobre tipo que no llevaba sus papeles, dándole una buena tunda de palos en la trasera de un camión o, si Zak tenía un buen día, llevándonos a un «espía», con un saco en la cabeza, a dar una vuelta por un sótano del que no salía. Yo admiraba la habilidad de Zak como el primerizo ignorante considera una obra de arte todo lo que ve. Tenía cuatro años más que yo, era normal.

* * *

El 7 de agosto celebré mis dieciocho años. Había un alto el fuego, creo, aunque no para mí. Yo disparaba algo menos porque me estaba haciendo mejor, sin más. De todas maneras, todo el mundo sabía que el alto el fuego era cosa de risa, solo para ganar tiempo. Yo seguía en mi tejado. Por la noche consumía una botella de licor y un paquete de cigarrillos. En la oscuridad se dispara muy poco, claro, pero veía las formas de los combatientes, abajo, y vigilaba la ciudad. Buscaba sombras.

La mejor hora es el alba. La luz es perfecta, no demasiado cegadora, no hay reflejos. La gente se levanta en un nuevo día y desconfía menos. Olvidan durante un segundo o dos que su calle es visible, en parte, desde nuestros edificios. Al alba he hecho algunos de mis mejores disparos. Por ejemplo, aquella señora que parecía muy contenta al salir de su casa, con su

bonito vestido y su cesto. Le di en la nuca, cayó de golpe, como una marioneta con los hilos cortados. Era al comienzo, la gente todavía no estaba acostumbrada. A continuación, los disparos se hicieron algo normal, sabían por dónde pasar, dónde estaba el peligro. Como si yo controlara una parte de la ciudad. Era, a la vez, gratificante y frustrante porque los disparos se hacían cada vez más difíciles; de pronto, tuve que aislarme de los compañeros y pasar más tiempo entrenándome. En cierto modo era mejor así, porque comenzaba a estar harto de las barreras y de las interminables partidas de cartas en el puesto de guardia. El oficial que me había dado el fusil me dejaba el campo libre, los compañeros no hacían preguntas; Zak pasaba de vez en cuando a verme en mi tejado, para traerme un bocadillo o solo para charlar un rato. Me tenía envidia, creo, porque siempre ha sido mal tirador. Era incapaz de alcanzar un blanco fijo a cincuenta metros. Lo suyo era el cuerpo a cuerpo, el cuchillo, los puños. Debes conocer tus puntos fuertes y tus debilidades para ser un buen combatiente. Zak era uno de los mejores en las emboscadas. Todo el mundo lo admiraba.

* * *

En aquel momento, en pleno verano, mi madre se volvió definitivamente loca. Salía desnuda al balcón, gritaba todas las noches. Ya no se lavaba porque le daba miedo el agua. La vecina no quería ya venir porque la arañaba y le hacía la vida imposible. Por la noche ponía todos los muebles del apartamento ante la puerta de entrada, primero arrastraba la cómoda por las baldosas, luego el sillón y las sillas. Una vez quise entrar hacia medianoche y me vi obligado a pasar por el balcón. Su estado empeoraba día tras día. Ni siquiera podía ya alimentarse sola. Hacía cosas muy extrañas, como barrer durante cuatro o cinco horas el mismo pedazo de suelo, siguiendo los dibujos de las baldosas. O un día recordaba que tenía que cocinar y ponía cacerolas al fuego sin nada dentro. No tuve más remedio que prohibir al tendero que le vendiera nada, porque compraba, por ejemplo, cinco kilos de lentejas y las dejaba cocer sin agua hasta que el humo y el olor alarmaban a la vecina. Pensé en matarla, para acabar de una vez, pero no lo intenté realmente. La hubiera debido mandar al asilo, pero era la guerra, de modo que había más locos que nunca y no había plazas.

Así conocí a Myrna. La había visto ya porque era del barrio, pero no la conocía. El tendero me dijo:

—Deberías buscar a alguien para que fuera a tu casa, por tu madre. Alguien que estuviera allí todo el tiempo, porque acabará provocando una catástrofe.

Yo no veía qué tipo de catástrofe, pero dije:

—Sí, tal vez. Pero no veo quién va a aceptar. Está loca, no es divertido. Y no puedo pagar mucho.

—Está Myrna. Ya no tiene a nadie. Busca trabajo.

—¿Quién es?

—La hija del electricista.

Yo conocía la historia del electricista, como todo el mundo, pero no sabía que tuviera una hija. Le había acertado un obús de mortero en su tienda, pocas semanas antes. Habían encontrado una mezcla de restos humanos, radios y televisores medio calcinados.

—¿No está casada?

—Tiene quince años, como mucho.

Al comienzo yo no sabía qué pensar; una muchacha de quince años para cuidar de mi madre y vivir en casa; el barrio iba a murmurar. Pero, al mismo tiempo, todos tenían miedo de mí porque sabían que yo era un combatiente. De momento, aparqué el asunto de Myrna, más por pereza que por otra cosa. Yo pasaba dos o tres veces al día por casa, para ver cómo estaba mi madre, y eso era todo. No sabía qué hacer para que se alimentase. Adelgazaba a ojos vista. Y se negaba a hablar conmigo. No recordaba muy bien quién era yo, creo. Hay que decir que entonces iba siempre vestido de caqui. Con la cartuchera y todo. Armas, solo llevaba una automática y un cuchillo. Mejor era ir armado todo el rato, nunca se sabía lo que podía ocurrir. Y, además, era como un uniforme: si llevabas un arma a la vista, entonces sí que eras un soldado. La mayoría de los combatientes tenían un kalashnikov, pero yo no. Ya que dispara mal y el revólver da importancia. Oficial, en cierto modo. El problema de mi fusil es que, con el trípode, la mira telescópica y los gemelos, es un estorbo.

Así pues, hacia finales de otoño me decidí a tomar a alguien para que se ocupara de mi madre, porque yo tenía demasiado trabajo. Los combates se

habían reanudado en el frente, sobre todo por la noche, y había hermosos disparos que hacer. Yo había encontrado un artilugio americano para ocultar la llama que se adaptaba a mi fusil, y me había vuelto invisible en la oscuridad. Iba mal para la precisión, pero, por la noche, nunca se dispara muy lejos. Buscaba algunas sombras, aguardaba a que dispararan y apagaba de inmediato su ráfaga con un solo cartucho. Es increíble cómo ilumina un fusil de asalto. Los tipos no comprendían nada, estaban a cubierto, en la oscuridad, y de todos modos caían fulminados.

De día, las calles, los viandantes; por la noche, las casas destruidas y abandonadas, las sombras. No tenía tiempo de pasar por casa y mi madre me preocupaba un poco, de vez en cuando me preguntaba qué desastre encontraría al regresar. Cuando realizas un trabajo físico e intelectual a la vez, en el que estás siempre en tensión, necesitas descansar cuando regresas a casa, sin tener que enmendar las burradas de una loca que solo te reconoce una de cada dos veces. Además, yo era consciente de que debía de sentirse sola y, sin nadie con quien hablar, la situación solo podía empeorar. Sobre todo porque los vecinos comenzaban a estar hartos. Así pues, tras una semana agotadora (había tormentas, estábamos todo el tiempo medio empapados) regreso a casa. Al marcharme había tomado algunas precauciones básicas, apagado y cerrado la bombona del gas, etcétera. El agua no era un problema porque no había mucha y a ella le daba terror. Regreso y no encuentro a nadie. No sé por qué, pero lo primero que pensé es que había muerto. No había nadie, ni vi un especial desorden, y me dije que habría muerto durante la semana. Como estaba reventado, me tendí en la cama y me dormí enseguida, vestido y todo. Ya podían bombardear lo que quisieran, yo dormía. Desperté doce horas más tarde. Tenía hambre, así que bajé a comer algo, y al pasar el tendero me gritó:

—Eh, tu madre está en el hospital.

—¿Ha muerto? —pregunté.

—¿Cómo? No, no, ¿por qué? Creo que está bien. Pregunta a tus vecinos.

Bueno, una cosa más. Tenía que volver al trabajo aquella misma tarde. Pasé por el puesto para decir que no iría porque mi madre estaba en el hospital, fui a preguntar a los vecinos dónde estaba, me miraron como si yo

estuviera tan loco como ella y fui a verla. No tenía nada, claro, el médico me explicó que sufría episodios de delirio y que debía tomar una medicación que la calmara. Y que no podía estar sola, porque no comía nada. Entonces pensé en aquella Myrna de la que me había hablado el tendero, para que yo pudiera estar tranquilo. Qué remedio, todo aquello costaría dinero, pero necesitaba tranquilidad para concentrarme. Y, además, sería agradable tener a alguien que preparase la comida, al volver a casa. Desde el comienzo de la guerra solo comía bocadillos o platos que traían los compañeros. Llevé a mi madre a casa, estaba totalmente drogada por los medicamentos que le habían dado en el hospital y bajé a hablar con el tendero.

—Esto no puede seguir así —le dije—. Al final he decidido contratar a alguien para que se quede con ella. ¿Crees que aceptaría esa Myrna?

—Quizás. Se lo preguntaré cuando pase. Te la mandaré a casa, ¿hasta cuándo vas a quedarte?

—Hasta mañana por la mañana.

—Bueno, le diré que pase a verte esta tarde.

Explicué a los vecinos que buscaba a alguien para que se quedara con mi madre, parecieron aliviados. Aúlla todas las noches, por eso la mandamos al hospital. Como si no tuviéramos ya bastantes problemas, me dijo la vecina.

Hacia las seis llegó Myrna. Parecía aún más joven. Tenía aspecto de niña pero no se la veía perdida ni tímida. Me miró a los ojos.

—Soy Myrna. Me manda el tendero de abajo.

—Sí, ya lo sé. ¿Te ha dicho por qué?

—Me ha dicho que era para encargarme de una señora enferma.

Le expliqué la situación, que yo podía estar mucho tiempo sin volver y que alguien tenía que encargarse de la casa y de mi madre, cocinar, hacer la limpieza y todo lo demás. Fui franco, le dije que no sería divertido porque mi madre estaba como un cencerro. Me preguntó si podía verla y la llevé hasta su habitación. Dormía.

—Parece joven —dijo.

Y luego hablamos de dinero. Le expliqué cuánto podía darle por semana, para la compra y todo eso, y cuánto le daría a ella. Pensó un

momento, dijo que quería probarlo una semana, primero, para ver.

—De acuerdo. Puedes instalarte en la tercera habitación.

Es la habitación de mi hermano, pero emigró hace ya mucho tiempo y no hemos sabido nada más de él. Luego fui a presentarla a los vecinos. La miraron compadecidos, yo no sabía si era por la historia de su padre o porque iba a quedarse en mi casa. Por las dos cosas, sin duda. Le dijeron que podía pasar por su casa cuando quisiera. Entonces pensé en volver de inmediato al frente, puesto que ella estaba ahí, pero me dije que, bueno, quizá sería mejor quedarme con ella la primera noche. Fue a buscar sus cosas enseguida, antes de que oscureciera, y regresó con una pequeña maleta. Salimos al balcón, hacía bochorno, tiempo de tormenta otra vez; se oían los bombardeos. Era muy morena, con la piel mate. Tenía casi un cuerpo de mujer con una sonrisa de niña, un rostro agradable. Sobre todo, no era muy charlatana. Parecía que yo le gustaba. Le pregunté si no tenía miedo, me miró y movió la cabeza, no, no tenía miedo, se veía en sus ojos. Todo el mundo debía de estar ya en el hueco de la escalera porque el bombardeo se acercaba, nosotros seguíamos en el balcón, intentaba ver si ella tenía o no miedo. Un obús cayó no muy lejos; llegaba nuestro turno. Dio un respingo, la sorpresa de la explosión, pero nada más. Bueno, era hora de entrar. Yo había convertido en refugio el cuarto de baño, porque da a la parte trasera, contra otro edificio, a un metro de distancia y, como todavía tiene dos pisos por encima, no hay peligro de un impacto directo. Es casi seguro y, para la metralla, instalé sacos de arena que traje del frente. Le enseñé cómo llevar a mi madre hasta allí. Estaba totalmente drogada y ni siquiera despertó. Seguían cayendo más y más, buum, buum buum; apagué la lámpara de gas, tomé una vela y nos pusimos a cubierto mientras el edificio resonaba con cada impacto. Myrna no decía nada, la vela formaba hermosas sombras en su rostro. No tenía miedo. Mi madre dormía en la litera. Pregunté a Myrna si tenía hambre y, sin aguardar su respuesta, fui rápidamente a la cocina a buscar una lata de sardinas y pan. Cenamos casi sin decir nada, las explosiones la sobresaltaban pero se obligaba a comer, tal vez para demostrarme que no tenía miedo. Luego el bombardeo se alejó un poco, a priori la cosa había terminado por esa noche. Salí al balcón para mirar a la calle, a lo lejos ardían dos coches y eso era todo. Ahora caían más

lejos, hacia el mar. Pensé que esa noche la pondría a dormir, en el refugio con mi madre, porque era una niña y estaba bajo mi responsabilidad. Tomé su colchón, le dije que era mejor que durmiese en el cuarto de baño esa noche. Comprendió que conmigo no tenía nada que temer, y la miré mientras se adormecía. Permanecí despierto un buen rato y, luego, fui a mi habitación a acostarme. Estaba contento de tenerla allí.

* * *

Cuando desperté a la mañana siguiente, ella estaba ya en plena conversación con mi madre. Bueno, mi madre hablaba como siempre de cosas sin pies ni cabeza, y Myrna se reía mientras hacía la limpieza. Le pregunté si todo iba bien y me dijo que sí, que no había problema; le dejé dinero para la compra, le expliqué cómo había que colocar los sacos de arena ante la puerta del refugio por si aquello volvía a empezar, y que si las cosas se ponían muy serias en el barrio, que se metieran con los vecinos en el hueco de la escalera. Me dijo que había comprendido. Le dije que intentaría pasar al anochecer, y me marché. Me dijo que fuera prudente, le guiñé el ojo.

Regresé al frente y tomé posición tras mi improvisado parapeto; tenía que vigilar un paso por donde podían pretender infiltrarse. Una mañana tranquila, le disparé a un gato que se hacía el funámbulo sobre un hierro del cemento armado y a un pobre viejo chalado que corría hacia nuestras líneas en mangas de camisa. Preferí cargármelo antes de que revelase tontamente nuestras minas.

Luego teníamos que encargarnos de una barrera, con Zak, toda la tarde, en un cruce de la salida sur de la ciudad, casi a orillas del mar. Era un hermoso día de otoño, ideal, el mar tenía reflejos anaranjados. Ocupamos nuestras posiciones, la rutina estaba bien establecida, dos a un lado de la barrera, dos al otro, lo que nos permitía controlar los dos sentidos de la circulación y contar con ayuda si sufríamos algún percance. No deteníamos todos los coches: la mayoría de las veces, en período tranquilo, nos limitábamos a hacerles una señal para que pasaran. Seguíamos la técnica de

observar «la pinta del cliente»; Zak era bastante fisionomista, echaba una ojeada al vehículo que quería pasar y en un segundo sabía si el conductor tenía o no algo que reprocharse. Hay que reconocer que rara vez se equivocaba. Si tenía dudas, le hacía una señal al coche para que se detuviera a la derecha, y me tocaba intervenir a mí. Revisaba los papeles y los carnés de identidad, registraba el interior del coche y el maletero. Si todo estaba en regla, los conductores solo se llevaban un buen susto; pero la mayoría de las veces encontrábamos algo (armas, drogas, mercancías diversas, carnés de identidad falsos, espías, y así sucesivamente). Si la falta era leve, nos limitábamos a requisar parte del cargamento o a ponerles una «multa», y si era más grave, llevábamos al sospechoso hasta el puesto, para un interrogatorio. De vez en cuando, invertíamos los papeles, yo detenía los coches y Zak registraba. Aquella tarde, Zak se sentía en forma y me pidió que comenzara los controles. Dejé pasar a la mayoría de los vehículos, pero veía a Zak aburriéndose en el arcén y dando vueltas; le mandé un cacharro con un chófer visiblemente asustado, sus manos temblaban en el volante. Observé a Zak con el rabillo del ojo, por curiosidad; tenía una técnica muy perfeccionada. Hizo bajar al sospechoso, lo registró para asegurarse de que no fuera armado. Se metió sus papeles en el bolsillo y luego hizo que se sentara en el suelo, apoyado contra la puerta, con las manos en la cabeza; comenzó a registrar el coche. Lo perdí de vista un momento, tenía que observar a los conductores. Cinco minutos más tarde, cuando la hilera de coches cesó un poco, Zak había desaparecido con el sospechoso; yo sabía que estaba detrás del puesto, sin duda «castigándolo» por una infracción cualquiera o una mentira. Para algo más grave, me habría llamado. Los vi reaparecer al cabo de un cuarto de hora, el chófer algo encorvado, cojeando, con el rostro lleno de lágrimas y Zak tras él, radiante, con una sonrisa divertida atravesándole el rostro, lo hacía avanzar azotándole las nalgas con su antena, como la grupa de un asno. Me pregunté qué habría hecho aquel tipo y si Zak había podido encontrar algo interesante (botellas de whisky, por ejemplo, es su bebida preferida). Devolvió los papeles al chófer, le hizo un saludo militar digno del gran guiñol y lo dejó partir. Le indiqué a Zak, por signos, que se acercara.

—¿Qué has encontrado? —pregunté.

—Nada, pero estaba muerto de miedo. Me dije que tendría algo que ocultar.

—¿Y qué?

—No, nada. Es solo un acojonado. Me habría entregado a su madre y a su hermana para salvar el culo.

No pude evitar la risa, aunque aquello era de lo más irregular. De acuerdo, estábamos tensos, bien había que reírse un poco de vez en cuando, pero todo tenía un límite.

Realmente no teníamos ganas de trabajar, aquel día, de modo que nos quedamos charlando y haciendo señales a los coches para que pasaran; poco a poco el mar tomaba matices cada vez más anaranjados ante nosotros. Era una sensación verdaderamente agradable, estar allí los dos, aprovechando la puesta de sol, como los reyes del mundo, y ver pasar a todos aquellos conductores muertos de miedo que pedían nuestra bendición.

Por la noche, al regresar al puesto con Zak, supe que tenía un día de permiso antes de volver a incorporarme por una semana completa. El frente se había desplazado hacia las colinas y en la ciudad nos habíamos quedado bastante tranquilos; pero puesto que éramos menos numerosos, tendríamos que hacer turnos de una semana, por si acaso, para no desgarnecer en exceso nuestras posiciones. Los del otro lado de la calle eran bastante retorcidos como para intentar cualquier cosa. Además, había que encargarse del orden, relevarse en las barreras y todo eso, y en mi sector del frente ya no éramos más que unos quince combatientes. Sin duda iba a pasarme casi toda la semana sin dormir. Tenía que estar en forma. Siempre duermo muy poco, y eso es malo para un combatiente; cuando uno no tiene la cabeza clara no sabe lo que hace y dispara mal. Hay que combatir la tensión para mantener la calma, de lo contrario cedes, como los que se lanzan al asalto hasta arriba de estupefacientes y caen en la primera emboscada porque se creen invencibles. Hay que tener cuidado con el miedo, con la fatiga y la exaltación, de lo contrario seguro que haces una gilipollez. Eso se aprende poco a poco, en el tajo. El tiro es una buena escuela. La guerra debe ser ordenada, si quieres ganarla. Los del otro lado de la calle no lo habían comprendido aún. Se arrojaban en la oscuridad contra nuestras defensas, aullando, y nos veíamos obligados a detenerlos casi cuerpo a cuerpo, a dos

o tres metros, entre dos edificios, y eso no tenía sentido, era puro desperdicio de hombres y de material, aunque fueran hermosos disparos. Además, en plena noche, era imposible ver dónde estaban los heridos, y a quienes no podían arrastrarse los encontrábamos muertos, al alba, en posiciones increíbles, uno colgando de una ventana por una pierna, el otro derribado por una mina, con un pie en la mano. Y la mayoría de las veces era preciso esperar a la noche siguiente para ir a buscarlos, porque los tiradores de la otra acera no nos dejaban hacerlo.

Por eso yo prefiero siempre el tiro, no por cobardía, sino por sentido de la eficacia. Lo demás es un estropicio, inevitable en el mejor de los casos. El responsable de mi sector estaba de acuerdo conmigo, por cierto, y habíamos organizado nuestras posiciones basándonos mucho en los tiradores y las ametralladoras. Éramos conscientes de que, antes de ganar terreno, era preciso estar seguros de no perderlo. Y conservando los edificios más altos, podíamos acosar durante todo el día al enemigo: nada es más desmoralizador que ver a tu camarada herido en plena cabeza por una bala que parece venir directamente de ninguna parte. O querer salir de tu casa y verte obligado a quedarte en ella porque una bala acaba de dar en la pared, a diez centímetros de ti; barrios enteros se transformaban en desiertos y simples avenidas se convertían en infranqueables tierras de nadie. Evidentemente, copiaron nuestros métodos, porque eran los mejores. Una vez has comprendido lo que es la guerra, tienes que organizarte.

De modo que volví a casa con la idea de ver cómo se las había arreglado Myrna y dormirme pronto, si no bombardeaban demasiado, aunque como necesitaban la artillería para el frente sin duda pasaríamos una noche tranquila. Tenía una sensación extraña al regresar, un poco como el guerrero que regresa a su casa para olvidar los peligros y la sangre de la jornada, por fin contento porque sabe que encontrará allí calor y reposo, como en un verdadero hogar. Era más una ilusión que otra cosa, porque a Myrna casi no la conocía, pero de todos modos me sentía contento al saber que había alguien que me esperaba, aparte de mi madre.

Al llegar, era exactamente como lo había pensado. Myrna estaba allí y había preparado la cena; había limpiado toda la casa y mi madre estaba sonriente y alegre; cantaba canciones de su época con las palabras que su

locura le inspiraba; era extraño y algo siniestro. Myrna me preguntó lo que había hecho aquel día y vi que se arrepentía enseguida de su pregunta. Entonces, sonreí para tranquilizarla y respondí que nada especial, ahora las calles están tranquilas porque se combate más lejos, en las colinas. Debía de saberlo, por otra parte, todo el mundo hablaba de ello. No insistió. No sé por qué no le conté mi jornada, sin duda a causa de la muerte de su padre, para que no sintiera también la guerra aquí, en la nueva casa que acababa de encontrar. Era idiota, de todos modos, porque la guerra estaba en todas partes y alguien tenía que hacerla a fin de cuentas. Sobre todo creo que tontamente yo tenía miedo de que me apreciara menos a causa de mi trabajo. No la conocía bien aún.

Me acosté pronto, aunque no logré dormirme enseguida. A veces, la tensión acumulada durante todo el día tarda mucho en desaparecer y pasas largas horas en la cama, dando vueltas y más vueltas sin sentirte cansado, recordando los disparos y los combates. Otras veces, te duermes apenas has tocado la almohada. Así es. Entonces me levanté para fumar tranquilamente un cigarrillo en el balcón, sin hacer ruido para no despertar a nadie. Había un aire espeso y salado que llegaba del mar, hacía buen tiempo. Percibí la luz de la lámpara de gas a través de las contraventanas de Myrna y recorrí el balcón para ver si había olvidado apagarla, pero no, estaba desnudándose. No sé qué me dio, pero me oculté en la penumbra y la observé a través de las persianas, pegado a la contraventana. Estaba delgada, pero no demasiado; sus pechos eran más grandes de lo que permitía suponer su blusa, con los pezones muy oscuros. Sus piernas eran finas y largas. Se había quitado las bragas, me daba la espalda, pero yo la veía también en el espejo del armario. Tenía las nalgas flacas y pude vislumbrar en el espejo el contorno de los labios de su sexo. Se puso un camisón que le llegaba hasta medio muslo. Apagó la lámpara y se metió en la cama. Me sentía pasmado, sorprendido, tenso; tenía muchas ganas de meterme en su cama, pero sabía que era muy joven y que no me dejaría hacer, que tendría que forzarla. Entonces regresé a mi habitación y me masturbé dos veces antes de poder dormir. Soñé con ella toda la noche. Soñé que la violaba, que ella gritaba; soñé que la mataba porque me rechazaba. Por la mañana, me levanté muy temprano, antes del amanecer, con agujetas y todo el cuerpo dolorido, como

si hubiera corrido toda la noche, con las contradictorias imágenes de todos aquellos sueños en mi cabeza. Todo el mundo dormía aún cuando salí. Le dejé una nota en la mesa con dinero.

* * *

Ese cuerpo es una serpiente parda sin gran belleza con sus líneas algo huesudas; estoy todavía hipnotizado por su misterioso centro, no hay nada que hacer. Ella está ahí, a mi lado, inalcanzable. Creo que tenía miedo, no estoy muy seguro; sus temblores son indecisos, pienso en el viento que es el peor enemigo del tirador, imprevisible. Está tan cerca ahora. La mano se cierra sobre el arma, hubiera querido sujetarla tan fuerte, lo olvido todo cuando disparo. ¿Cómo saberlo? La quiero, tengo que llegar hasta el fin, encontrar en la carne el placer de la muerte, la chispa del disparo. En el fondo, nadie te comprende nunca. Uno alimenta sabiamente la ilusión, la mentira, pero todo el mundo sabe que la verdad está en otra parte, en esa colina entreabierta, en la velocidad de la bala y del deseo. El impacto, la realidad de la sangre, los pocos segundos de muerte, de vida donde todo se mezcla, eso es lo importante. No importa cómo se obtienen. La mayoría de los seres a los que he matado solo vivieron durante los tres segundos en que los miraba. Son fantasmas, personajes, máscaras que no saben ver nada. Los hago vivir al mirarlos, los animo matándolos. Es una contradicción, algo que ni yo mismo capto por completo. Pero llegaré hasta el final.

Aquella semana fue tan larga y agotadora que no tuve tiempo de pensar en Myrna. Contrariamente a lo que creíamos, hubo un intento de penetrar en nuestro frente central y nos defendimos como diablos; intentaron un gran movimiento de distracción para aliviar a sus combatientes en las colinas, con la esperanza de forzarnos a llamar de nuevo a las tropas de refuerzo. En balde, aguantamos solos, nuestras defensas estaban preparadas, pero tuvimos que pegarle duro. El peor día fue el jueves, nos bombardearon con morteros toda la mañana, y ya se veía que se iba a armar. Casi no teníamos artillería allí, apenas algunos RPG, de modo que esperamos tranquilamente a que vinieran. Yo estaba en mi parapeto habitual, demasiado cerca de sus líneas para recibir un obús; cubría una ametralladora, que estaba más abajo y controlaba una calleja. Sabíamos que debían de estar preparándose justo

allí, entre los edificios, y no podíamos hacer nada. Pasó el comandante, dijo que estuviéramos listos, que sin duda no tardarían. Por lo general, su plan es intentar tomar los dos primeros edificios, porque si consiguen montar una ametralladora y un mortero en lo alto pueden apoyar a sus tropas para que sigan avanzando y atraviesen la calle, y así sucesivamente. Pero aquel día, como sabían que eran más numerosos que nosotros, intentaron rodearnos lanzando dos ofensivas simultáneas, una hacia el mar y la otra al este. El plan era bueno y tuvimos suerte de que no quedáramos desbordados. Los obuses aún caían cuando oímos que estaban combatiendo en el lado del mar, el tum tum tum regular de nuestra ametralladora, las explosiones y las ráfagas. Lancé una ojeada con los gemelos, pero no se veía nada salvo humo. La escaramuza iba en serio y nos preguntábamos si debíamos ir a reforzarles, pero el comandante nos había dicho que sobre todo no nos moviéramos.

El primero al que descubrí avanzaba por la calleja, pegado a las paredes, hacía señas a unos tipos que iban tras él. Se movían de porche en porche, unos veinte tal vez. En el mismo instante, oí ráfagas y granadas a mi derecha, algo más atrás. Y pensé, si los compañeros no los detienen nos van a sorprender por la espalda. Apunté y me cargué a su explorador con una bala en pleno rostro en el momento en que se apartó del muro. Abajo, la ametralladora seguía muda, aquellos idiotas no habían visto nada. Disparé un cartucho hacia el muro, justo a su lado, para que tomaran conciencia. Cuando la bala dio en la pared, estalló el pánico, abrieron fuego enseguida, sin esperar a ver nada. Lo regaron todo durante más de un minuto, disparando al vacío, una verdadera lluvia de yeso sin efecto alguno, aparte de revelar la posición de nuestra ametralladora.

A mi espalda el combate se intensificaba. Debían de ser, por lo menos, una veintena. No tenía la menor idea de por dónde habían llegado. De vez en cuando, una bala perdida silbaba sobre mi cabeza, por lo tanto estaban más arriba. Pero yo no podía atravesar el tejado para ir a verlo, porque bastantes problemas tenía ya delante, cada cosa a su tiempo. Los dos idiotas seguían malgastando todos sus cartuchos contra las paredes. Me preguntaba cuánto tiempo necesitarían los de enfrente para poner un mortero en batería, detrás de la calleja, y librarse de nuestra ametralladora y de sus dos cretinos.

Un cuarto de hora, con un poco de suerte. Así que al cabo de diez minutos tendría que haberme marchado, de lo contrario iba a recibir un obús, en el mejor de los casos, o una granada, en el peor. Aquí ya no servía para nada, excepto tal vez para salvar la ametralladora si los idiotas no se habían dado cuenta de que los habían descubierto. Atravesé el tejado casi a cuatro patas para ver lo que ocurría en la calle de detrás. Aparentemente, los nuestros estaban en un aprieto. Controlaban el gran edificio del centro de la plaza, y estaban siendo atacados por dos lados, y muy pronto lo serían por un tercero si la columna que teníamos delante pasaba nuestra barrera. Desde mi tejado, a vista de pájaro, veía a los atacantes del lado izquierdo. Apunté y me cargué a uno, en la terraza de una casa, con una bala en el vientre, no gran cosa, se derrumbó y comenzó a retorcerse como un gusano. Pensé que casi habíamos caído en la trampa, a menos que bajáramos y nos aventuráramos también por las callejas. Atravesar la calle mayor para reunirnos con los nuestros era imposible sin que nos abatieran; subir hacia el este era del todo idiota, salvo para abandonar el combate (además, allí estaban las minas de los solares) y hacia el mar se combatía también. Por tanto teníamos que hacer un repliegue ofensivo, cambiar de lado la ametralladora e intentar aliviar un poco a los compañeros. Me gusta actuar deprisa, cuando he tomado una decisión y sé que es buena. Bajé corriendo hasta la ametralladora, solo quedaba ya un servidor, el segundo había sido alcanzado por la metralla o por un pedazo de cemento en la cabeza y estaba en el suelo.

—Vamos —dije—, hay que actuar deprisa, limpiaremos un poco el otro lado.

Lo ayudé a llevar la ametralladora, dejamos al herido porque nada podíamos hacer por él, bajamos cinco o seis pisos y nos instalamos en una habitación donde un obús había hecho un gran agujero y desde donde teníamos una inmejorable vista de los tipos de más abajo, en sus tejados. Sin duda pensaban que sus compañeros habían tomado ya nuestro edificio, pues no estaban atentos a ese lado. Instalamos la ametralladora y comenzamos a barrer los tejados para obligarles a ponerse a cubierto. De paso, nos cargamos a dos, clavándolos en el suelo de hormigón con la 12,7. No comprendieron nada de lo que pasaba. Por desgracia no podíamos

quedarnos mucho tiempo, porque sin duda nuestro edificio iba a ser invadido rápidamente, era un caos absoluto. Debían de preguntarse cuántos éramos en el edificio. Yo comenzaba a sudar, estaba medio sordo a causa de la ametralladora y más arriba se oyó una gran explosión, el mortero de los tipos de enfrente, o un RPG, y recibimos yeso en las narices. Bueno, había que largarse, pero no avanzaríamos muy deprisa con la ametralladora. Elegimos una escalera secundaria y bajamos corriendo. El novato que iba conmigo era de la reserva, estaba en su primera batalla, temblaba y tropezaba todo el tiempo. No dejaba de preguntar «¿qué hacemos ahora, eh, qué hacemos?», y yo no podía responderle que no tenía ni puta idea, porque eso le hubiera aterrorizado más aún. Habría dado un brazo para que Zak estuviera conmigo en aquel momento, estaba en alguna parte, detrás de nosotros, con su escuadra. Aproveché el descenso a oscuras para pensar, respirando profundamente; un oído me silbaba y el sudor me entraba en los ojos y pensaba que les haría pagar aquella humillación, a los cabrones de enfrente. Al llegar al tercer o al cuarto piso, nos demoramos para escuchar. No se oían morteros ni ametralladoras ni nada y eso era más inquietante aún, porque tal vez estuvieran ahí, justo detrás de la puerta. Seguimos bajando poco a poco hasta llegar a la caldera del sótano. Me detuve para reflexionar. Oculté la ametralladora con las municiones detrás de un tubo de calefacción, un buen escondrijo. Teníamos que salir por el aparcamiento, daba a un lado, tal vez no hubiera nadie. Entramos, estaba oscuro y apestaba de un modo horrible, debía de haber cadáveres en alguna parte. Oí como el novato se vomitaba encima, teníamos que cruzar hasta la puerta. Lo empujé. Vamos, avanza. Se sorbía los mocos como un bebé. En la oscuridad, nos golpeábamos contra algunos coches abandonados y cosas invisibles, blandas e inmundas. Son bolsas de basura, mentí para tranquilizar al novato. Teníamos que orientarnos, afortunadamente yo sabía dónde estaba la salida con respecto a la escalera. Bajo nuestros pies, el suelo comenzó a ascender, seguimos la rampa a oscuras aún. Hacia la puerta había un poco de luz, porque estaba perforada por la metralla. Se oían a lo lejos los combates, parecía terrible. Pero detrás de la puerta, nada. A la derecha había una salida para peatones en una especie de cuchitril, estaba cerrada con llave. El novato perdió la paciencia, hizo saltar la

cerradura con una ráfaga, algunas balas rebotaron en la pared y recibió una en la pierna. Me ponía de los nervios el muy gilipollas, que tal vez acababa de lograr que nos descubrieran, tenía el rostro lleno de lágrimas, el uniforme de combate lleno de vómitos, me miraba sin comprender lo que acababa de sucederle, en el suelo, con la mano en su pantorrilla que chorreaba sangre. Mis oídos habían vuelto a silbar por el ruido de su ráfaga en aquel cuchitril, levanté un poco mi fusil hacia su rostro y apreté el gatillo sin mirarlo. El disparo resonó largo tiempo. Aguardé unos segundos antes de echar una mirada afuera. Era la calle lateral. Nadie. Yo estaba reventado, hecho polvo. Me pregunté lo que Zak habría hecho en semejante momento. Torcer a la izquierda era ir hacia ellos, y a la derecha, igual. Había enfrente la puerta de una casa y, entonces, pensé que era un hombre de altura, un hombre de tejado, y que allí arriba podría descansar un poco e intentar imaginar una estrategia para salir de aquella trampa. Crucé la calle en dos zancadas y entré en la casa.

La escalera estaba dañada porque había caído parte del techo, pero conseguí subir los cuatro pisos y salí a la terraza. En medio había un gran agujero y algunos cascotes, comencé a arrastrarme hacia el borde. Empezaba a llover un poco. El cielo estaba cubierto y la lluvia me hizo bien. Mi corazón latía de nuevo con normalidad, lamentaba un poco haberme abandonado a la cólera y haber matado a un camarada. ¿Pero qué habría hecho él, de todos modos, con una bala en la pantorrilla? Si los demás lo hubieran encontrado, se lo habrían cargado, o peor aún. Me sentía bien bajo el gran velo gris de las nubes, soplaban el viento. Permanecí tres minutos tendido de espaldas, recuperando el aliento. Luego avancé hasta el borde del tejado. Pero había aún dos hileras de casas antes del otro edificio, y no podía ver nada (por el ruido, deduje que los compañeros seguían aguantando). No podía quedarme mucho tiempo allí, pues de todos modos era visible desde las ventanas del edificio que acababa de abandonar. A regañadientes, entré en la casa. El ruido de los disparos y de los combates me llegaba claramente, ya no me zumbaban los oídos. Estaba de nuevo en plena posesión de mis facultades, pero ¿para hacer qué? Ya lo sé. Voy a atravesar esta casa, a ver si da a un jardín y, desde allí, a la casa siguiente, hasta la calle contigua. Luego podría intentar ir hacia la derecha y

sorprenderles por la espalda, a mi vez, a aquellos cabrones. Heme aquí pues escalando muros hundidos de jardines, explorando cautamente casas medio destruidas, hasta que cayó la noche. Debía de haber avanzado casi cien metros, y estaba cruzando la segunda calle cuando me dije que aquello bastaría. No había visto un alma, solo oído los disparos más lejos a mi derecha. Y algunas explosiones. Abajo, hacia el mar, los combates proseguían. Por el ruido, me parecía que los compañeros habían retrocedido un poco; todo parecía más lejano, tal vez simplemente porque yo me había alejado. Ahora debo de estar más o menos en nuestro sector, pensé, o justo en el límite, más de cien metros por encima de su cabeza de puente. Subí al tejado de una casa alta despanzurrada que se aguantaba en pie por arte de magia. En la noche comenzaban a verse las balas trazadoras. Efectivamente, los compañeros habían cedido terreno junto al mar. En cambio aquí los otros seguían sin conseguir atravesar la carretera que controlaba nuestra hilera de edificios. Miré largo rato con los gemelos.

Ahora era totalmente de noche y podía intentar reunirme con los compañeros para relevar a alguien. Tenían que estar agotados. Habitualmente, las batallas no duraban tanto tiempo, era la primera vez que intentaban un asalto de esa envergadura. Se oían los carros bombardeando al otro lado de la ciudad. Era un verdadero desbarajuste, aquella noche, el caos total. Los compañeros me contaron más tarde hasta qué punto habían entrado en pánico y que en varios puntos del frente había ocurrido lo mismo: algunos combatientes se habían encontrado sitiados y separados de su retaguardia, tanto en un bando como en el otro. Los avances victoriosos se habían visto bruscamente aniquilados en trampas o se habían detenido debido a los bombardeos. Ahora era noche cerrada y el cielo estaba nublado, y por todas partes se veían balas trazadoras y fulgores de explosiones. Era más peligroso aún estar, como yo, en medio de ninguna parte, porque no sabías dónde ponías los pies, porque podías caer en una emboscada y, sobre todo, porque no sabías en absoluto adónde ir. Según mis cálculos, estaba en nuestro sector, al menos en nuestro sector del día anterior, pero por la noche una calle destruida y destrozada se parece a otra calle destruida y destrozada y las balas trazadoras que hendían el negro cielo, más precisas que el ruido de las ráfagas, mostraban muy a las claras

que se combatía justo delante de mí, apenas a un centenar de metros. Estaba reventado y comenzaba a tener mucha hambre, no había comido nada desde la mañana. De modo que decidí jugarme el todo por el todo, hice estrictamente como si mis cálculos fueran exactos y tuviera justo detrás de mí nuestros puestos adelantados. Avancé lentamente pegado a las paredes hasta el extremo de la calle, de vez en cuando divisaba el resplandor de una ráfaga que parecía muy cercana, por la noche ya no calculas nada, lo sabía por experiencia; crees que todo se ha vuelto contra ti y pierdes la noción de las distancias. Entonces volví a pensar en mi casa y en mi hogar, ahora que estaba Myrna aguardándome. Pero sabía que este tipo de pensamientos está prohibido en el combate, porque te vuelves romántico y te lleva a hacer una tontería. Avancé rozando los muros. Los ruidos de los combates estaban muy cerca, un poco a la derecha, sin duda apenas una calle más abajo. Siempre te extraña que no haya gente por todas partes. Que esa calle no esté llena de combatientes, cuando todos los fuegos del infierno están ardiendo en la de al lado. Yo sabía que, en la oscuridad, tenía todos los números para que me derribara uno de los nuestros, sin que me diera tiempo a pronunciar las palabras de la contraseña, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Estaba demasiado cansado para reflexionar y sin duda hubiera sido preferible permanecer prudentemente escondido en un tejado, esperando el alba. Lo recuerdo muy bien, fue exactamente en aquel momento, justo cuando pensaba que estaba haciendo una tontería, cuando el tipo me agarró. Un brazo salió de una puerta, me rodeó la garganta y me arrastró hacia el interior, como para evitar que avanzara, enérgica pero suavemente al mismo tiempo. Un amigo, o alguien que creía serlo y, por lo tanto, un enemigo, porque si yo llegaba por ese lado y él me creía un aliado, no podía tratarse de uno de los nuestros. Entonces supe que yo era un verdadero combatiente, porque a pesar de la sorpresa y el miedo, arrastrado así por el cuello, comprendí que el tipo se había equivocado, que me tomaba por uno de los suyos y que tenía medio segundo para reaccionar. Aun así solté el fusil por la sorpresa. Le di un empujón con el hombro, con todo mi peso, y caímos en la oscuridad del interior de la casa, uno junto al otro, de espaldas. Tenía su brazo alrededor de mi garganta pero yo estaba sobre él y podía respirar, empuñé el cuchillo que llevaba en el muslo y se lo clavé en el costado, a la

altura de las costillas, pero no lo bastante fuerte porque yo estaba demasiado inclinado hacia atrás. Gritó y forcejeó, sentí en mi espalda que llevaba un revólver al cinto e intentaba agarrarlo. Me estrangulaba, yo me apoyaba con todas mis fuerzas en el cuchillo que se negaba a hundirse, él aullaba como un cerdo a mi oído, su sangre tibia me corría por la mano y resbalaba por el mango del cuchillo. Intenté sujetar su mano izquierda para que no pudiera hacerse con el revólver, él forcejeaba para soltarse, no sabía cómo escapar del cuchillo, hacerse con la pistola, se retorció debajo de mí gritando y resoplando, y también yo gritaba para darme valor pero ningún sonido salía de mi garganta y de pronto el cuchillo se hundió hasta la empuñadura, aulló de nuevo y aflojó un poco la presión. Yo moví una y otra vez la hoja hasta que dejó de gritar. Cuando me levanté, estaba lleno de sangre y de orina, y no sabía si era mía o suya, y todo aquello era tan asqueroso, de pronto me sentía tan agotado, que apenas conseguí arrastrarme hasta lo alto de las escaleras de la casa, en la oscuridad, y no sé cómo, esconderme en un rincón de la estructura derrumbada y dormirme, como muerto. Recuerdo solo que, antes de cerrar los ojos, contemplé unos segundos las balas trazadoras que desgarraban la noche.

* * *

Pensándolo bien, es otro nacimiento. El sueño y el inconsciente, el confuso remolino de las imágenes, el exterior que se extingue poco a poco; te sientes seguro a pesar del peligro, es el fin de la violencia, la oleada se aleja. Los sonidos son más distantes, apagados; entras en el seguro caparazón del sueño o de la muerte, es lo mismo, el dolor te deja solo con tus recuerdos, con imágenes, yo la veía, creo, en esos momentos en los que el ser expulsa de golpe la tensión, adormeciéndose. He visto combatientes durmiéndose de pie contra una pared bajo un bombardeo, otros en el duro suelo, en cuanto terminaba el ataque, aún con el peligro presente, dormir aunque solo fueran cinco minutos, por fin a solas consigo mismos. Sin duda pensaba en ti, ahora que te veo dormir, también tú tienes algo de animal, lo sé por tus ojos, los veo más allá de tus párpados, nada se me escapa. Estás ahí y no estás ahí, como en medio del combate se actúa sin saberlo, ajeno al propio cuerpo. Es ya una duermevela. Corremos más deprisa de lo que

nunca correremos, gritamos, aullamos como bestias durante el ataque, sin poder realmente pensar; cruzamos corriendo una calle barrida por una ametralladora, nos hundimos en un sótano oscuro, otros tantos instantes que se convierten en sueños, en imágenes, como si me las hubieran robado. La carne se abre un instante para dejar que la hoja penetre entre dos costillas, y vences sobre aquel a quien sientes resoplando junto a ti. Ninguno de los dos piensa, ninguno de los dos está presente, en verdad solo somos pánico y extraño valor brutal, nadie ataca, todos se defienden, lo que quieres, lo que deseas hasta lo más hondo de ti mismo es ese reposo mágico del olvido y del sueño.

Cuando volví en mí, dos o tres horas más tarde, no sabía dónde estaba. Mi uniforme estaba rígido por la sangre coagulada, la garganta y el cuello me dolían, tenía agujetas porque había dormido medio sentado. Me pregunté si en vez de dormirme no me habría desvanecido. Temblaba, estaba muy débil. Miré al cielo, no había ya trazadoras y no se oía más que algunas ráfagas lejanas y espaciadas, entre el martillear de un lejano bombardeo. Miré mi reloj, pero se había roto, sin duda mientras escalaba una pared o al caer. Ni siquiera tenía mi fusil, debía de estar abajo. Descendí el resto de escaleras que iban hundiéndose mientras bajaba, no veía nada en absoluto, ¿cómo había podido subir tan deprisa? Abajo, encendí un segundo el mechero para buscar mi fusil, miré al tipo, estaba en un charco negro que se pegaba a los zapatos, tenía los ojos abiertos de par en par. Nunca lo había visto. Mi fusil estaba muy pringoso, sufrí unas contracciones como si fuera a vomitar, afortunadamente tenía el estómago vacío. La puerta estaba cerrada, no sé si se había cerrado sola o si alguien había entrado mientras dormía, ni se me había pasado por la cabeza que el tipo podía no estar solo. Abrí para respirar, entró un poco de claridad. Aturdido, salí y me dirigí directamente a nuestras líneas, sin pensarlo dos veces.

Tuve la suerte de que no me dispararan y, al llegar al comienzo de nuestras defensas, hice la señal con el mechero; crucé enseguida la avenida y seguí avanzando por nuestra calleja con el mechero encendido para que vieran que no intentaba infiltrarme, si me disparaban los de enfrente peor para mí. Seguí todo el laberinto para evitar las minas y las alambradas, sin

ver a nadie. En nuestro primer puesto, un compañero bajó enseguida hacia mí, no me hizo preguntas, no dijo nada, a tal punto debía de ser terrible mi aspecto; solo hizo que me sentara en un rincón, sobre una caja, yo no conseguía hablar. Dos minutos más tarde vino a buscarme un jeep y me llevaron al cuartel general de operaciones. Me desnudé y me desplomé en una litera, sin pensar ya en nada, sin pensar en nadie.

Desperté hacia mediodía. Un hermoso sol entraba por la ventana. Estaba solo en la sala de descanso, los compañeros habían partido a combatir de nuevo; aún se oía el estruendo de los morteros y las ametralladoras. Me duché, tenía las manos negras de sangre, tiré mi uniforme y me puse otro que estaba por allí, limpié mi fusil. Mis gemelos se habían roto, tiré mi reloj. Fui a tomar un buen desayuno enfrente del puesto, afuera había algunos compañeros que se preparaban para marcharse en un jeep cargado de granadas y lanzacohetes. Bebí lentamente un café y comí tres bocadillos, al sol; pensé unos instantes en Myrna, en su cuerpo desnudo, me pregunté si esperaba mi regreso.

Y luego volví al combate, y así durante tres días, hasta que me hirieron levemente. Un trozo de metralla, en lo alto del brazo. Una herida tonta, una astilla surgida de ninguna parte, de un obús que estalló muy lejos de mí, culpa de la mala suerte. Fui por mi propio pie a la enfermería, pero tuve que ir al hospital para que me quitaran el trozo de metal. Puesto que todo estaba más tranquilo, me dijeron que regresara a casa al salir del hospital; me sentía algo avergonzado por mi vendaje en el brazo que me dejaba en desventaja, pero contento por poder regresar y descansar. Estaba debilitado psicológica y físicamente por todos aquellos días de tensión, me sentía irritable, llevaba una barba de cinco días y tenía ojeras, pero de todos modos, en el fondo, me sentía feliz por haber ganado aquella batalla y bastante orgulloso al saber que era un combatiente respetado. El comandante me había felicitado, porque pudieron recuperar la ametralladora que yo había escondido. Corrían algunos rumores, se decía que me habían hecho prisionero y que me había evadido matando a mis guardianes con las manos desnudas, que había sido torturado y otras muchas cosas, en fin, historias sin pies ni cabeza.

Cuando llegué a casa, cuando Zak me dejó en jeep ante la tienda, diciéndome que pasaría a verme, todo el mundo ya sabía que me habían herido. El tendero salió y me felicitó. La gente comenzaba a comprender que los combatientes la protegían. Sabía lo que les sucedía a los civiles cuando un barrio caía en manos del enemigo.

Subí las escaleras y entré. Myrna estaba leyendo en el balcón, dio un respingo y soltó el libro. Sonrió y me miró de arriba abajo, moviendo la cabeza, como diciéndome que tenía mal aspecto.

—No es grave, solo tengo que llevar el brazo vendado durante una semana.

No sabía qué más decirle ni ella tampoco.

—¿Todo ha ido bien?

—Sí, tu madre está mejor, come regularmente. Ha habido muchos bombardeos, de modo que casi no hemos salido, solo un par de veces. Comenzábamos a estar intranquilas, al no recibir noticias tuyas. La vecina nos dijo que te habían herido.

—¿Qué has decidido, aceptas el trabajo?

—Sí, no hay problema. Pero me gustaría saber si tendré algún día libre. Me pregunté para qué, pero supuse que era normal.

—Claro. ¿Entonces, de acuerdo? Ya ves, no estaré mucho aquí, así que no te molestaré.

—De acuerdo.

Parecía contenta.

—¿Tienes que avisar a alguien de que vas a vivir aquí?

Sabía por el tendero que ya no tenía a nadie, pero aun así se lo pregunté.

—Sí, he de decírselo a mi tía. Vivo en su casa.

—Bueno, puedes ir enseguida si quieres. Pero ya sabe que estás aquí, ¿no?

—Sí, sí, incluso se pasó ayer, para ver la casa.

Yo no tenía nada que añadir. Salió para hacer unas compras e ir a casa de su tía para recoger algunas cosas. Me instalé en el balcón, en un sillón que saqué afuera con el brazo izquierdo. Era la primera vez que me herían. Es una sensación extraña no poder utilizar el brazo derecho. Lo tenía muy débil, me hubiera costado tirar un cacahuete a un metro de distancia. El

médico me dijo que era normal, que dentro de una o dos semanas ya no lo notaría. En el hospital, después de que me hicieran la radiografía, vi a un civil lleno de trozos de metralla, un gran montón sanguinolento en una camilla, como un sapo aplastado. Hacía burbujas violetas al respirar, debía de tener los pulmones perforados. Yo estaba sentado y lo miraba preguntándome si aún sentía algo. Sin duda, no. La Cruz Roja no dejaba de traer tipos más muertos que vivos, despanzurrados en camillas de las que colgaban pedazos de miembros y goteros. Fue necesario que los compañeros intervinieran para que me atendiesen, de lo contrario habrían hecho pasar a todos aquellos muertos antes que a mí. Como los cirujanos estaban atareados despedazando a toda aquella gente, con las familias que gritaban, las ambulancias que aullaban, los obuses que caían no demasiado lejos, una enfermera me extrajo el pedazo de metralla. Lanzó una ojeada a la radiografía, me puso una inyección y me quedé mirando cómo me abría el bíceps mientras Zak, choteándose, derramaba alcohol en la herida. Era extraño ver cómo la hoja del bisturí me abría suavemente el brazo, hundiéndose, cómo iba y venía, separando luego las carnes; aquello sangraba terriblemente. No sé cómo lo vio pero, con un movimiento de las pinzas, retiró un minúsculo pedazo de metal, muy negro, plano, afilado, apenas un centímetro cuadrado de obús. Hizo una señal y Zak derramó, poco a poco, la mitad de la botella de alcohol en la herida. Yo no sentía ya nada, solo una especie de frescor. Un médico salió de la sala, cualquiera diría que acababa de despedazar un cordero. Miró a la enfermera y a Zak, que seguía vertiendo el alcohol, se rio. Echó una ojeada a la herida, le dijo a Zak que podía parar, sin dejar de reírse. Miró la radiografía y añadió que en una semana, poco más o menos, estaría curado y habría que quitar los puntos. Salió, gritó «el siguiente», riéndose sin parar. Entonces, la enfermera me cosió el brazo como si fuera un calcetín, con una aguja. Me explicó cómo debía aplicar el apósito, cómo limpiar la herida para que no se infectara. Zak respondió que no se preocupase, que siempre encontraríamos algo para echarle.

Ahora me sentía bien en el balcón, mirando la calle y los tejados. Mi madre hacía no sé qué detrás de mí. Era evidente que no había comprendido que su hijo estaba herido, que había pasado días enteros fuera,

combatiendo. Era un poco frustrante, todos los compañeros tenían una madre o una hermana que los aguardaba con angustia, que los cuidaba en cuanto regresaban, mientras que la mía era como un vegetal y solo decía cosas absurdas. A veces lloraba, pero nadie habría podido decir por qué.

Yo era más un hombre de tejado, más un tirador que un combatiente; tenía ganas de que el frente se calmara para poder recuperar mi actividad normal, tan útil para desmoralizar al enemigo y a sus civiles. Sin duda habría un alto el fuego ese mismo día o el siguiente, pero yo no estaba en condiciones de disparar. Podría llevar a Myrna y a mi madre de paseo, si hacía buen tiempo.

Vi a Myrna bajando por la calle y deteniéndose en la tienda de comestibles. Llevaba una falda larga y una blusa blanca que hacía destacar sus brazos muy morenos y su pelo negro. El tendero le sonreía. Compró algunas verduras y conservas. Basta con un día tranquilo y soleado para que te olvides de la guerra. Me adormecí lentamente en el sillón.

El hambre me despertó. Myrna había preparado un pollo. Era la primera comida caliente, de verdad, que probaba desde hacía una semana y la devoré en dos minutos, eso le hizo reír.

—Se ve que no estás herido de verdad, caramba, ¡qué apetito!

—En el frente solo comemos bocadillos y latas —dije.

Ella parecía contenta. Lavó los platos y limpió la cocina y, luego, se puso a leer.

—¿Qué estás leyendo? —pregunté.

—Una novela, para la escuela.

—¿Qué tipo de novela?

—De un francés, Hugo. La historia de un condenado a muerte.

Pensé que eran cosas muy raras para que las leyera una muchacha, pero no dije nada.

—Ah, ¿vas a la escuela? —pregunté.

—Este año no, pero el año que viene me gustaría volver.

Nunca me había gustado mucho leer, salvo novelas rusas. Las he leído a decenas, todas las que podía encontrar, Tolstói, Leskov, Chéjov, Gógol, Dostoievski, uno tras otro. Mi preferida era *Taras Bulba*. Tal vez podría hacérsela leer a Myrna, pensé.

—¿Qué edad tienes?

—Quince años.

Parecía un poco avergonzada al decirlo, como si no fuera bastante, como si deseara tener más años. Me miraba con unos ojos extraños que yo no sabía interpretar.

—Tal vez el año que viene puedas volver a la escuela —dije—. La guerra habrá terminado y todo será más fácil.

Sonrió con un aire incrédulo y lleno de esperanza a la vez.

—Sí, es verdad, todo será más fácil.

No soy muy charlatán, pero con las chicas menos aún, porque nunca sé de qué hablarles. Regresé al balcón para dejarla leer y volví a dormirme; hacía calor. Tuve un sueño erótico, desperté con una erección. Me sentía turbado, a fin de cuentas ella solo tenía quince años, no era correcto a pesar de su cuerpo de mujer. Sin duda la guerra y todas las tensiones del frente empezaban a pasarme factura también a mí. Tenía ganas de subir tranquilamente a un tejado y permanecer horas observando la ciudad por el visor, aprovechar el reposo del mar, donde no había nada que ver, solo unos movimientos abstractos de pequeñas olas y espuma. No sabía qué hacer y comenzaba a aburrirme. Pensé que podía leer, también yo, pero me daba pereza, así que fui a buscar la televisión y la saqué afuera. Vi no sé qué película y me dormí a la mitad.

Soñé con el tipo y con el cuchillo. Luchábamos pero, esta vez, yo estaba debajo y él tenía el cuchillo, me lo clavaba en el brazo. Me dolía mucho, grité y su rostro se transformó en el de Myrna. Me hundía el cuchillo en el brazo sonriéndome y yo no podía moverme, la miraba, tenía miedo. Me despertó el dolor porque, durmiendo, me había apoyado en la herida. Mi camiseta tenía pequeñas manchas de sangre. La herida no se había cerrado, era normal. Vi el final de la película y la noche comenzó a caer.

Me acosté temprano pero desperté en plena noche porque mi madre aulló como un animal que presiente la muerte. Fue un grito insólito, irreal, que

helaba. Fui enseguida a verla. Daba la impresión, sin embargo, de que dormía, estaba muy encogida en su cama, bajo la sábana. Respiraba tranquilamente. Myrna se había despertado también, la vi llegar en camión.

—Ha tenido una pesadilla —dijo—, le pasa a menudo.

—Se ha dormido otra vez, vuelve a la cama.

El brazo me dolía un poco, como si tuviera agujetas. Volví al balcón, ya no tenía nada de sueño. Permanecí fuera buena parte de la noche, evitando ir a echar una ojeada a la habitación de Myrna para ver si dormía. El viento olía a mar como si estuviera justo enfrente, como si una marea de oscuridad lo hubiera traído hasta mí. Pensé en Zak, era una noche como aquella, flotaba en el aire un perfume de mar en verano, como nunca. Habíamos ido a cenar cerca del faro, habíamos bebido mucho, como colegiales. Hacía calor, decidimos tomar un baño de medianoche, y ya no recuerdo a quién se le ocurrió la idea, si a Zak o a mí. Era a comienzos de la guerra, los bombardeos iluminaban las montañas, nos desnudamos por completo, Zak tenía un tatuaje que apenas se distinguía en la oscuridad, un dragón tal vez. Entramos en el agua, parecía fría al principio, porque estábamos sudando. Cinco minutos más tarde, era como nadar en una inmensa bañera oscura, solo se veían nuestros cuerpos, un brazo, un torso, saliendo de la masa negra y perfectamente tranquila. Comenzamos a jugar, a pelearnos en el agua; estábamos borrachos, jugábamos como niños, Zak era más fuerte que yo, me hundía como quería, me agarró de los hombros y, de pronto, no había ya violencia, se volvió dulce y cariñoso. El redoble de los obuses retumbaba en el mar, era un trueno regular, las explosiones y las escasas luces de la bahía, allí, a lo lejos, se reflejaban en las sombras. No decíamos nada, solo sentía su aliento en mi nuca; era una ternura nueva, agradable, mil veces amplificada por los ruidos de la guerra que nos seguían llegando, no había que decir nada, la menor palabra lo destruiría todo. Él pasaba una mano por mi pelo mojado, la montaña ardía ante mis ojos, sentí la arena ceder bajo mis blandos pies. Luego, como si nada, me hundió la cabeza en el agua, largo rato, sentía que me ahogaba de placer; volvimos a pelear, casi sin fuerzas, antes de salir y tendernos en una roca plana, en la oscuridad, invisibles a la sombra del acantilado, era el inmenso silencio que sigue a las

explosiones: allí, lejos, el bombardeo había callado, ya no había nada, ni estrellas, ni luna, ni nada.

* * *

Ella está ahí, a pocos pasos de mí, ahora, y es de nuevo como en el balcón, no oigo su respiración más que antes, detrás de sus persianas. El mar se vuelve inquietante, pienso en las manos de Zak, en las manos de Myrna. No me arrepiento de nada. Solo los cobardes se arrepienten de sus actos, es una especie de miedo retrospectivo, a lo hecho, pecho. A veces queremos apretar y sujetar, otras abrimos los brazos, otras (al favor de la noche, del sopor del estío o de una secreta brecha en el cielo) somos verdaderamente nosotros mismos. Algunos momentos somos nosotros mismos a plena luz, cegados por la calma de una playa rocosa e, incluso si me avergüenzo ante ti, no puedo evitar tener ese recuerdo de Zak, es un salvaje magnífico a la luz de la luna, su cuerpo duro y fraternal junto a mí, el extraño pacto de muerte sellado en el agua.

Al día siguiente, cuando desperté, mi herida estaba hinchada y dolorida. Me quité el apósito y, entre los hilos, vi que tenía la cicatriz roja y purulenta. Había que desinfectar, pero no podía hacerlo con la mano izquierda. Pedí a Myrna que trajera una botella de alcohol de 90° de la farmacia, y algodón. Le dije que derramara el alcohol en la herida y secara el pus con el algodón. Cuando vio mi brazo, se echó a temblar y se puso muy pálida.

—¿Te duele?

—No demasiado —respondí—. Vamos, viértelo.

El alcohol quemaba de un modo horrible, pero apreté los dientes para que no viera que me dolía. No podía evitar dar un respingo cuando pasaba el algodón. Una mezcla de pus y sangre corría entre los hilos y su mano temblaba cada vez más.

—Déjalo, no es grave. Lo haré solo, de lo contrario vas a desmayarte.

Estaba blanca como el papel.

—Ve a sentarte al sol, afuera. Se te pasará.

Salió como un fantasma. Seguí solo, pero no era práctico, porque no podía verter el alcohol y secar al mismo tiempo. El alcohol me hacía un

daño de todos los diablos. Tenía que ir al dispensario, para que un voluntario de la Cruz Roja me curase bien. Me envolví el brazo como pude y salí.

Cuando regresé, una hora más tarde, Myrna no estaba, debía de haber ido a comprar. Yo llevaba un nuevo apósito, y me habían dado una caja de gasas y un producto que tenía que ponerme en la herida tres veces al día. Me pregunté cuánto tiempo tardaría en poder sujetar un fusil. Di vueltas por el apartamento observando a mi madre. Estaba sentada en el suelo, como una niña, y con el dedo acariciaba suavemente los dibujos de las baldosas, fascinada. Irritado, le dije que se levantara. Me obedeció y se sentó en su sillón, muy recta, con las manos en las rodillas, como si estuviera pasando un examen. Es cierto que parecía joven. Tenía casi cincuenta años y apenas aparentaba cuarenta. Llevaba los cabellos bien peinados, Myrna le había puesto un vestido de estar por casa, a flores. Si uno no se fijaba en su mirada ida, preocupada por incomprensibles asuntos interiores, ni a su inmovilidad acobardada, hubiera pensado que era del todo normal. Los días deben de hacérsele muy largos, pensé. Evidentemente era una tontería, porque estaba loca y ya no se daba cuenta de nada.

Fui al balcón. Había gente por la calle, aprovechaban el alto el fuego para pasear y hacer sus compras. Cuando Myrna regrese la llevaré de paseo a orillas del mar, me dije, seguro que estará contenta.

Tardó más de dos horas en volver, con las manos vacías. No le llamé la atención sobre ello, ni dije nada, no le hice ninguna pregunta. Tampoco ella habló, fue directamente a la cocina, preparó rápidamente el almuerzo y nos sentamos a la mesa. Mi madre comía como de costumbre, con los dedos; paseaba la comida por el plato durante una eternidad antes de llevársela a la boca en cantidades minúsculas. Yo tenía la sensación de que Myrna evitaba mi mirada, pero no comprendía por qué. Tal vez la había molestado al pedirle que hiciese de enfermera.

—¿Sabes?, esta tarde iremos a pasear por la orilla del mar y, luego, te llevaré al cine. Hay un alto el fuego.

—Hum... como quieras.

No parecía muy entusiasmada. Quise ayudarla a quitar la mesa, pero con la mano izquierda no era muy práctico, así que esperé a que acabara de lavar los platos bebiendo un café.

—¿Vamos?

—¿Y tu madre?

—Podemos llevarla también.

—Como quieras.

Finalmente dejé a mi madre en casa, porque nunca se sabía, podía tener una crisis en pleno cine o negarse a caminar de pronto y sentarse en el suelo como una cría. Fuimos primero a la orilla del mar, caminamos largo rato, hasta que cayó la noche. El mar estaba agitado, había hermosas olas blancas que brillaban al sol. Yo llevaba el brazo en cabestrillo, una camiseta, un pantalón de camuflaje y mi revólver al cinto, y la gente debía de pensar «Ahí va un combatiente paseando con su hermana menor». Nos sentamos un momento en la arena, al pie de las rocas, con el sol justo enfrente, justo antes de hundirse en el mar y desaparecer, cuando la superficie de las olas se enrojece. Myrna parecía más relajada, pero apenas había dicho tres palabras durante todo el paseo. Yo estaba sentado muy cerca de ella, pasé entonces mi brazo por sus hombros. Tuvo una especie de estremecimiento, pero no hizo nada para soltarse. Tal vez fuera la emoción. Al cabo de un minuto, o dos, aparté el brazo, porque llegaba gente. El sol desapareció, nos levantamos.

—¿Qué película quieres que vayamos a ver?

—No sé... la que tú quieras.

Su voz estaba algo alterada, sin duda sentía vergüenza. Fuimos a un cine, no muy lejos de casa, a ver una película americana cuyo título he olvidado; era una comedia y Myrna se rio mucho. En mitad de la película, sentí ganas de tomar su mano, no sé por qué, me parecía normal, dudé unos momentos y lo hice. Su mano se puso un poco rígida. Tenía la piel tibia, yo no miraba ya la película. Sus dedos eran flacos, notaba los huesos. Al cabo de un rato percibí unos latidos de corazón, pero creo que eran los míos, tan concentrado estaba en su mano, comenzaba a sudar porque hacía calor en la sala. La solté cuando en los dedos ya solo tenía una sensación húmeda de intenso calor. La película terminó bastante pronto, y tuvimos que tomar un

taxi porque se había hecho de noche. Por muy armado que fuera, la oscuridad siempre es peligrosa y es mejor no andar. Además, no quería que Myrna tuviera miedo; quería que olvidase la guerra y se sintiera bien. Hablamos de la película, le había gustado mucho. Me dijo que le encantaba el cine y que antes iba muy a menudo. Le dije que la llevaría todas las semanas.

Entramos en casa pero no me apetecía dormir. Eran solo las diez. Myrna se puso a leer, le dije entonces que iba a salir un momento. Me miró con ojos extraños.

—Pasaré por el puesto y jugaré una partida de cartas con los compañeros —mentí.

Hace ya mucho que no juego a las cartas; no hay nada más aburrido. Bajé al puesto de la esquina, recuperé mi fusil y un par de gemelos y pregunté si había alguien para acompañarme al frente. Dos tipos iban a comprar comida y me llevaron. La ciudad estaba totalmente oscura, negra y, a lo lejos, el mar era más negro aún. Pasé dos centinelas y subí al tejado de nuestro edificio más alto. Me concentro durante el ascenso. Inspiro subiendo tres peldaños y expiro durante cinco, tranquila, regularmente, y cuando llego al tejado estoy listo, relajado, a punto. Aquella noche, el problema era el brazo derecho, pero yo había llevado el trípode y podía disparar tendido. Me instalé, cargué el fusil, comprobé la mira, regulé el visor. Mantener el brazo derecho levantado, me dolía un poco, así que elegí primero un blanco con los gemelos, sentado. Había algunas luces a lo lejos. Encontré un edificio a quinientos, seiscientos metros, con una ventana encendida, una lámpara de gas. Solo veía una parte y, detrás, había una cortina. Refugiados, sin duda, o gente muy pobre que acababa de instalarse allí porque habían destruido su casa. Unos combatientes nunca habrían dejado una luz a esa distancia y a esa altura. No se veía un alma andando por la calle. Observé largo rato aquella ventana con los gemelos, a veces pasaba una sombra. Yo estaba sereno, dispuesto a hacer un buen disparo a pesar de mi brazo; solo tenía que disparar deprisa porque no podía permanecer mucho tiempo en esa posición. Una ligera brisa llegaba del mar, nada importante. Observé bien el lugar, orienté aproximadamente el fusil y me tendí. Respiraba tranquilamente. Encontré casi enseguida la ventana con

el visor. Apunté al lugar donde debía perfilarse la sombra y aguardé. Aguanté dos minutos antes de que el brazo empezara a dolerme. Nada. Me senté de nuevo, hice una pausa de un cuarto de hora observando por los gemelos, la luz seguía encendida. Al segundo intento, tuve más suerte. Apenas me había puesto en posición cuando pasó la sombra. Disparé con suavidad una bala a dos tercios de su altura. El fusil apenas se movió, vi que la sombra se desplomaba y, tres segundos después, se apagó la luz.

Un disparo sin demasiadas dificultades. Me dolía el brazo y tenía que descansar un poco. Cambié de lado y miré hacia la parte alta de la ciudad. Veía la esquina de una calle bastante importante, un poco iluminada por la luna. No había nadie, pero bastaba con esperar. Tal vez consiguiera pasar de los gemelos al fusil lo bastante rápido si se presentaba alguien. Orienté el trípode en la buena dirección y me senté de modo que tuviera que dar solo un brinco si aparecía un peatón. Había que estar loco para pasear de noche por aquellos barrios, a pie, pero nunca se sabía. Si pasaba un coche no me daría tiempo de coger el fusil. Aguardé dos horas, pero no pasó nadie. Cambié por tercera vez de orientación, sin suerte. Me adormecí un momento, tendido de espaldas, el cielo estaba estrellado. Hacia las dos de la madrugada, regresé con los que acababan de ser relevados, después de haberme detenido a comer un bocadillo.

El edificio y el apartamento estaban silenciosos y completamente a oscuras. No encendí la luz al entrar y fui derecho al balcón sin hacer ruido. Abrí con suavidad la contraventana de Myrna, poco a poco, era casi nueva y no rechinaba. La claridad de la luna entró en su habitación por la ventana abierta, dormía tranquilamente. De las sábanas asomaban solo un hombro y su nuca; su pecho se levantaba casi imperceptiblemente. Su rostro estaba oculto por la almohada donde descansaban sus cabellos; estaba de perfil y adivinaba sus nalgas y sus piernas bajo la sábana tensa. Permanecí de pie a uno o dos metros de ella, absolutamente inmóvil, no sé cuánto tiempo. Luego salí, muy despacio, paso a paso, retrocediendo. Cerré la contraventana y me senté en el sillón, sin saber qué me apetecía hacer.

* * *

Durante toda la semana proseguí con mis expediciones nocturnas, sin gran éxito, apenas algunos disparos. Estaba impaciente por recuperar del todo el uso del brazo y reanudar mi actividad diurna. El alto el fuego había terminado y se habían producido algunos bombardeos, pero el frente estaba más bien tranquilo. Habíamos ganado la batalla de las colinas, desgraciadamente con muchas bajas, y los muros se habían cubierto de fotos de muertos en combate.

Al anoecer, cuando yo salía, Myrna no hacía preguntas, sabía que iba al puesto, aunque yo me preguntaba si había comprendido lo que yo hacía luego. Sin duda alguien se lo habría dicho. Siempre hay gente que te mantiene al corriente. Todo el mundo envidiaba el poder de los combatientes. Si no hubiera temido asustarla, le habría preguntado qué pensaba de ello, así, por ver. De todos modos casi no hablábamos, salvo las conversaciones normales de la vida cotidiana, y era mejor así. Yo me limitaba a observarla por la noche y a acariciar su cabello, a veces, al pasar. Se ponía un poco rígida, como temiendo que fuera a hacerle daño. Creo que una noche que entré en su habitación me vio; como de costumbre, yo estaba silencioso, inmóvil como un ángel custodio. Ella estaba vuelta hacia mí y yo contemplaba sus labios entreabiertos, sus dientes, el nacimiento de sus pechos, su brazo casi negro en la gran ola blanca de la sábana, y de pronto vi como sus ojos se abrían, parpadeaban y permanecían abiertos. Me miraba, a su vez, en la oscuridad. Luego su brazo se movió, subió la sábana y se dio la vuelta. Permanecí largo rato sin hacer ni un gesto, por miedo a que despertara de verdad; un sudor frío me bajaba por la espalda. Pensaba en mi tejado, en el fusil; me decía que si despertaba y comenzaba a gritar tendría que matarla y aquel pensamiento me ponía, a la vez, triste y alegre. Pero volvió a dormirse, la sábana se levantaba regularmente. Mi corazón también volvió a latir con normalidad. Sin duda estaba soñando y, en el peor de los casos, recordaría haber soñado conmigo. O pensaría que había tenido una pesadilla, si no había reconocido mi rostro en la oscuridad.

Cada noche, al regresar, la contemplaba mientras dormía. Ni los paseos ni las salidas al cine habían cambiado en nada su comportamiento, se encargaba de mi madre y de la casa y seguía hablando muy poco. Un día me preguntó si podía tomarse la jornada para ir a casa de su tía, le dije que de

acuerdo pero que se quedara a dormir allí, por los bombardeos. Entonces, como ella no estaba allí, estuve fuera hasta el alba y pude hacer un disparo hermoso y difícil, por casualidad, un taxista imprudente o medio dormido, en plena cabeza. Eso me devolvió la confianza en mí mismo.

Mi brazo se curó, la infección desapareció y pronto solo sentía una leve rigidez, sin duda debida a los hilos. Fui al dispensario para que me los quitaran; solo quedó una cicatriz, una línea rosada de tres centímetros con puntos rojos a cada lado. Ya no estaba obligado a dar vueltas todo el día por el apartamento sin hacer otra cosa que mirar a Myrna moviéndose a mi alrededor, y escuchar a mi madre entonando sus canciones. La vida recuperaba su curso normal, regresé al trabajo.

Los seis primeros meses pasaron enseguida. El frente estaba casi tranquilo y yo trabajaba mucho, por la mañana y por la noche, disparaba, por término medio, un cartucho al día, siempre sobre seguro, o casi, mis resultados se acercaban al cien por cien, me había convertido en el terror de los civiles de enfrente. Me animaba a ir más lejos, en terreno neutral, para hacer mejores disparos. Muy pronto, por la mañana, me infiltraba cuando aún era oscuro y aguardaba el alba oculto en un tejado abandonado. Eran los momentos más agradables. La luz atravesaba las montañas para sacar el mar de su oscuridad e invadía la ciudad, poco a poco, azulada primero, luego malva, rojo anaranjado y, por fin, salía el sol, expulsando la bruma y las nubes, iluminando calles donde la gente ignoraba que yo estaba observándola y decidiendo el lugar por donde iba a matarla, a menudo por la cabeza, más impresionante, más difícil, pero a veces también por el pecho o la espalda. Se adueñaba de mí una especie de compasión eufórica y ya no disparaba contra las muchachas que podían parecerse a Myrna con su uniforme escolar, pero a aquellas horas no faltaban los blancos. Hacía un buen trabajo.

Los compañeros del puesto bajaban los ojos cuando yo pasaba. Solo Zak y el comandante hablaban conmigo, a menudo para felicitarme; estaban al corriente de la calidad de mis disparos. Yo notaba que infundía un miedo difuso, una turbación que me hubiera afectado de no haber estado

convencido de que alguien tenía que hacer la guerra. Por lo demás, en el fondo todo el mundo lo reconocía. Tal vez estaba mal, pero alguien tenía que hacerlo, porque el enemigo también recurría a ello.

Durante aquellos seis meses de tranquilidad, Myrna permaneció en casa sin apenas salir. De vez en cuando iba a casa de su tía, pero cada vez menos. Yo la observaba, al regresar, mientras dormía y una o dos veces había conseguido verla desnudándose. Tenía cada vez más la extraña sensación de que ella fingía dormir cuando yo permanecía en la oscuridad, mirándola, como si me vigilara también. Pero nunca más vi sus ojos abiertos de par en par, como aquella vez. Cada semana la llevaba al cine, la cogía de la mano buena parte de la película y ella nunca me lo impedía. Aquellas salidas eran los únicos momentos en los que hablábamos realmente, de la película y de la historia que acabábamos de ver, con frecuencia una comedia. En casa, cuando estábamos juntos, leía o hacía la limpieza. Mi madre iba convirtiéndose en una especie de animal dócil, sin duda por efecto del tratamiento, y pasaba la mayor parte de su tiempo durmiendo o soñando sentada en su sillón, con la mirada perdida.

A menudo yo me preguntaba qué sentía Myrna por mí, pero no conseguía saberlo: se dejaba tomar la mano y acariciar los cabellos, pero ella nunca hacía un gesto para acercarse a mí. Tal vez era vergonzosa, debido a su edad. Lo que más me gustaba es que no parecía tener emociones, que era como yo, fuerte e inflexible. Solo una vez la sorprendí llorando, un día, al regresar de improviso. Sollozaba en su cama; cuando me vio en el salón, se levantó para cerrar la puerta. Salió un cuarto de hora más tarde y, tras pasar por el cuarto de baño, su rostro solo conservaba, del rastro de las lágrimas, una leve palidez.

La única persona con la que hablaba, aparte de su tía, era el tendero, pasaban largos ratos charlando cuando iba a hacer las compras y me sentía algo celoso, porque el tendero había sido un amigo de su padre y la conocía desde que era muy pequeña. Cuando yo pasaba por delante de la tienda, siempre me pedía noticias de ella con aire preocupado, y eso me enervaba. Como si yo no supiera ocuparme de ella. Evidentemente, no dejaba que lo notara y respondía siempre a sus preguntas. Yo no había comprendido aún lo que él maquinaba a mis espaldas. Unos seis meses después de que Myrna

viniera a vivir a casa, pasé por el puesto al regresar del trabajo y el jefe me llevó aparte para hablar conmigo. Comenzó diciéndome que era un buen combatiente, pero yo estaba a la defensiva viendo que había otra cosa. Estuvo dando rodeos un buen rato, decía que el frente estaba tranquilo, etcétera, y luego de pronto dijo:

—Tienes una muchacha viviendo en tu casa, ¿no es cierto?

—Sí —respondí con la mayor tranquilidad del mundo—, se encarga de mi madre.

—Ah, ¿está mal tu madre?

—De la cabeza, sí. Está loca.

Pareció algo escandalizado por mi respuesta, pero me conocía, sabía que me gusta llamar las cosas por su nombre.

—Bueno... debes tener cuidado con ella. Con la muchacha, quiero decir. Sería mejor que contrataras a otra cualquiera, de más edad.

—¿Ah sí? ¿Y por qué?

Tenía ganas de preguntarle qué le importaba a él, pero comenzaba a comprender que Myrna debía de haber contado algo a alguien y que era mejor callar.

—Porque... —parecía tan molesto como yo por esa conversación—. Porque me han dicho... en fin, a la gente de tu barrio les parece que no es conveniente, que es demasiado joven.

—Ah. Bien. Ya veré, buscaré a alguien, pero no es fácil. No había pensado en eso.

—Solo repito lo que me han dicho, eso es todo.

—Gracias por avisarme.

Lo dije sinceramente, estaba agradecido porque creía saber quién había tenido el valor de hablarle: el tendero tenía un primo que era oficial del ejército. Myrna debía de haberle contado algo por descuido, y el muy cobarde, en vez de hablar directamente conmigo, le había pedido a su primo que interviniera. No estaba seguro del todo, pero casi; los vecinos tenían demasiado miedo para hablar mal de un combatiente conocido y la tía de Myrna, a la que yo había visto dos veces, estaba muy contenta con el dinero que la chica le entregaba cada semana y que, según ella, le reservaba para el ajuar. Además, el tendero debía de sentirse responsable porque él me la

había presentado. Pensé en hacerle una visita con los compañeros, Zak y su cuchillo. Pero después de esta historia no podía matarlo enseguida.

Regresé a casa con el fusil muy a la vista, con los gemelos y todo lo demás. Llegué como de costumbre, Myrna estaba en el salón. La miré a los ojos y dejé el fusil en la mesa, como si no hubiera ocurrido nada, con la mayor normalidad del mundo. Ella apartó enseguida la mirada, como para olvidarlo. Entonces la tomé con firmeza del brazo, la acerqué a la mesa y le dije, con la mayor tranquilidad posible.

—Mira, es mi fusil. Lo he traído para que lo veas. Se agarra por aquí y se mira por el visor para apuntar.

Intentaba soltarse, de modo que la agarré por la nuca para que no se moviera. Saqué un cartucho de mi cinturón, se lo puse ante los ojos y levanté un poco la voz.

—Esto es un cartucho. ¿Ves qué largo es? Mira. Es para que la bala llegue lejos. ¿Ves la bala? Te digo que mires. En este fusil hay doce. ¿Ves el gatillo? Es lo que se aprieta. Es muy sensible.

Eché hacia atrás la culata, Myrna intentó aprovecharlo para soltarse. La retuve con el brazo, apretada contra el cañón.

—Mira —dije—, por aquí sale el proyectil. Cuanto más largo es el cañón, más precisa es el arma.

Ella me miraba con los ojos muy abiertos y horrorizados, el arma le apretaba el vientre, de través, como una barrera. Y luego la solté, porque comenzaba a apretarla con fuerza y a hacerle daño, tenía lágrimas en los ojos. Se marchó corriendo a su habitación.

Yo estaba más sereno, salí al balcón. Pensé que ella habría comprendido que nunca la dejaría marchar. Una hora más tarde, salió como si no pasara nada. Una vez abajo, levantó los ojos y yo le hice una señal con la mano. Pasó ante la tienda sin detenerse. Me senté en el balcón, oculto tras el pretil, y observé la tienda. Ella volvió un cuarto de hora más tarde, el tendero estaba fuera. Ella le dijo algo y él le hizo una señal para que entrase. Yo esperaba que le contara la historia del fusil pero no estaba seguro de que lo hiciera. Me sentía contento de mi reacción. No habría el menor peligro de que se marchara mientras ella tuviera miedo de que los matara, a ella o al tendero.

Los siguientes días evité pasar por delante de la tienda, por miedo a decirle al muy cabrón lo que pensaba de él y dónde le metería la bala que le estaba destinada. Nadie volvió a hacerme ninguna objeción, ni el comandante ni nadie. Myrna se comportaba con normalidad, yo había hecho desaparecer el fusil. Fin del incidente, el único en seis meses.

* * *

Antes de Myrna, el único extraño que venía alguna vez a casa era Zak. Pasaba de vez en cuando, cuando regresábamos del trabajo, para tomar un café; discutíamos de cualquier cosa, de los combates, de las próximas misiones. Comentábamos las noticias del frente, hablábamos de este o de aquel que habían caído, de las circunstancias de su muerte, de cómo habría podido evitarse, al igual que unos jugadores de fútbol comentan el resultado de un partido, durante horas. Era una forma de eliminar un poco la tensión, de entender. En el combate no tienes, realmente, tiempo para pensar. Hablar con Zak era como inclinarse sobre el tablero para comprender el movimiento de las piezas. Pero desde que Myrna estaba en casa solo había venido una vez. Lo veía de vez en cuando en el puesto; estaba un poco celoso, creo. Sabía que Myrna estaba en casa y, una vez, nos habíamos cruzado con él en el paseo. Myrna le había sonreído, él la había saludado con aire burlón, y me había mirado como diciendo «Pues vaya, cabrón, no te aburres». No sé por qué, pero me había sentido molesto, como cogido en falta, sin razón. Se metía en lo que no le importaba.

Entonces, cuando una tarde pasó de improviso no me puse muy contento de verlo. Era justo después de la historia del tendero y yo había comprendido que debía desconfiar de todo el mundo. Myrna estaba lavando los platos cuando llamó, fui a abrir, le hice entrar; me miró con su aire superior y seguro de sí mismo, su sonrisa irónica de siempre.

—Salud, pasaba por aquí y me he dicho que me invitarías a un café.

Dudé unos segundos, pero pensé que, a fin de cuentas, era Zak, mi amigo, y que bien podía quedarse cinco minutos. Si inventaba una excusa lo haría enfadar inútilmente.

—Entra —dije—. Tomamos un café y luego vamos al puesto, ¿de acuerdo?